

## Israel y Hezbolá negocian mientras Irán mueve ficha en Ormuz

CISDE Campus Internacional para la Seguridad y la Defensa

Iván Mateos Navarro

16 de Abril



La coyuntura actual en Oriente Medio refleja una fase de reajuste estratégico en la que la intensidad de las **operaciones militares** convive con una **actividad diplomática más sofisticada** y, en algunos casos, inédita. Tras semanas de enfrentamientos que han elevado el riesgo de una **escalada regional abierta**, varios actores parecen haber asumido que la prolongación del conflicto en los términos actuales no resulta sostenible ni desde el punto de vista militar ni económico, lo que ha impulsado **movimientos simultáneos hacia fórmulas de contención**, particularmente en el frente entre Israel y Hezbolá y en el ámbito crítico del estrecho de Ormuz.

En el escenario libanés, la apertura de **contactos entre Israel y Hezbolá** introduce un elemento de ruptura respecto a dinámicas anteriores, donde la interacción se limitaba casi exclusivamente al plano militar. Las conversaciones, aunque indirectas y todavía

frágiles, se producen en un contexto marcado por la continuidad de los bombardeos israelíes y por una presión sostenida sobre las **capacidades operativas del grupo chií**, lo que sugiere que Jerusalén busca negociar desde una posición de ventaja relativa sin interrumpir la degradación de su adversario. Este planteamiento responde a una lógica de coerción que no persigue únicamente un alto el fuego inmediato, sino la **redefinición de las condiciones de seguridad en la frontera** norte, con el objetivo de reducir de forma duradera la amenaza que representa Hezbolá en términos de capacidad ofensiva y despliegue territorial.

La implicación de terceros actores en este proceso añade una capa adicional de complejidad, en la medida en que la gestión del conflicto ha dejado de ser exclusivamente local para integrarse en una **arquitectura diplomática más amplia**. Estados Unidos desempeña un papel central al combinar presión económica, respaldo político a Israel y contactos indirectos con Irán, mientras que la aparición de intermediarios menos habituales, como Pakistán, apunta a un intento de **diversificar los canales de comunicación** en un entorno donde los mecanismos tradicionales han mostrado limitaciones. Este entramado diplomático busca facilitar un **alto el fuego en Líbano** y también avanzar en cuestiones más estructurales, entre ellas el **programa nuclear iraní**, que continúa siendo un elemento de fricción decisivo en cualquier proceso de estabilización regional.

En paralelo, la situación en el **estrecho de Ormuz** se ha consolidado como el principal factor de riesgo sistémico, dado su papel central en el suministro energético global. El bloqueo de facto del tráfico marítimo durante las últimas semanas ha tenido efectos inmediatos en los mercados internacionales, con un incremento significativo de los precios de la energía y una creciente preocupación por las **disrupciones en cadenas de suministro críticas**. La afectación de productos como los fertilizantes amplía el impacto más allá del sector energético y proyecta consecuencias potenciales sobre la seguridad alimentaria, especialmente en regiones altamente dependientes de las importaciones.

En este contexto, la propuesta iraní de permitir el tránsito seguro de buques a través del lado omaní del estrecho debe interpretarse como un movimiento táctico orientado a **aliviar la presión internacional** sin renunciar a instrumentos clave de influencia. La iniciativa implica una flexibilización respecto a posiciones anteriores más restrictivas,

aunque mantiene zonas de ambigüedad que permiten a Teherán conservar capacidad de maniobra, especialmente en lo relativo al tratamiento de determinados buques o a la **gestión de amenazas** asimétricas como el minado naval. Lejos de constituir una solución definitiva, la propuesta configura un marco intermedio que podría facilitar una **reapertura parcial del tráfico marítimo** mientras se desarrollan negociaciones más amplias.

La **interacción entre los avances diplomáticos** en el frente libanés y las iniciativas relacionadas con Ormuz pone de relieve el carácter interdependiente de los distintos focos de tensión en la región. La estabilidad en uno de estos ámbitos influye directamente en la evolución de los otros, en la medida en que todos ellos forman parte de un equilibrio estratégico donde confluyen **intereses energéticos, militares y políticos**. Washington ha subrayado esta conexión al situar la reapertura del estrecho como una prioridad global, vinculando su consecución a progresos en el diálogo con Irán y a una reducción de la actividad de actores aliados de Teherán en distintos escenarios.

A pesar de estos movimientos, el escenario general sigue definido por una **elevada incertidumbre**, ya que las divergencias de fondo entre las partes permanecen intactas y los incentivos para mantener capacidades de presión continúan siendo altos. La posibilidad de avanzar hacia un alto el fuego más amplio existe, pero depende de la capacidad de los actores implicados para traducir estos gestos tácticos en **compromisos sostenibles**, en un entorno donde la desconfianza estructural y la competencia geopolítica limitan el margen de maniobra. En consecuencia, la región se encuentra en una fase de transición en la que la **coexistencia de confrontación y negociación** no constituye una anomalía, sino la expresión de un proceso más amplio de reconfiguración del equilibrio de poder.